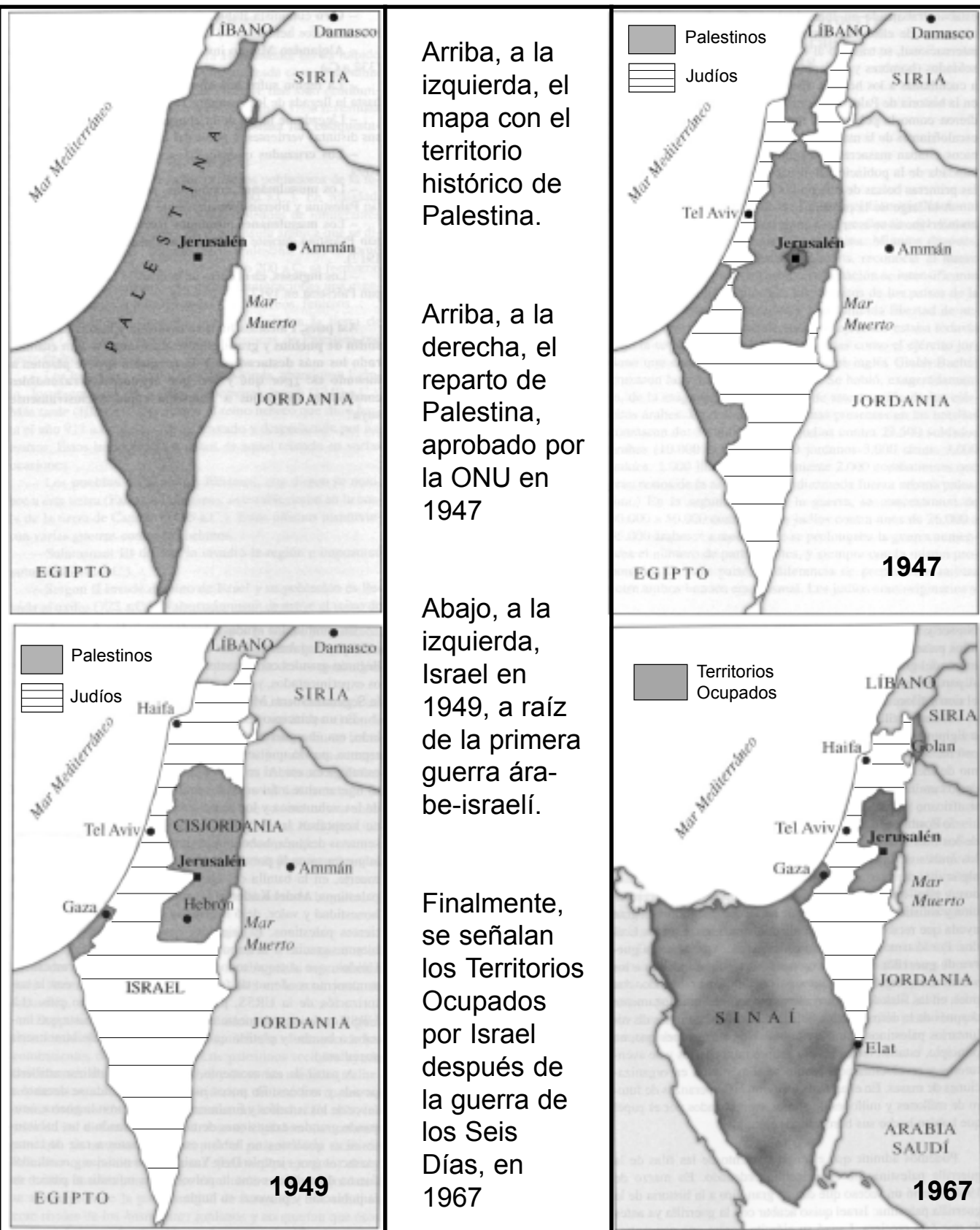




Arriba, a la izquierda, el mapa con el territorio histórico de Palestina.

Arriba, a la derecha, el reparto de Palestina, aprobado por la ONU en 1947

Abajo, a la izquierda, Israel en 1949, a raíz de la primera guerra árabe-israelí.

Finalmente, se señalan los Territorios Ocupados por Israel después de la guerra de los Seis Días, en 1967

La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista

Segunda Época
Dosier número 36

13 de Mayo de
2002

La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista
Edita Escuela Errico Malatesta. Sindicato Único de Trabajadores "Solidaridad Obrera". Pontevedra

IIª Época. Dosier nº 36 // 13.05.2002
Apartado 97. (36080) Pontevedra



Donde el Estado se impone
la Paz y la Justicia mueren
PALESTINA

IIª Época - 9º Semestre
13 de Mayo de 2002

Editado por la Escuela ERRICO MALATESTA, fundada en el seno del Sindicato Único de Trabajadores "SOLIDARIDAD OBRERA" de Pontevedra.

Este es el Dossier núm. 36 de su Segunda Época y se imprime el 13 de Mayo de 2002. [D.L. PO-433-95]

Redacción: C/ Pasería, 1-3ª planta. (36002) Pontevedra

Teléfono: 986-86.31.44. Fax: 986-89.63.64

Correspondencia: Apartado 97. (36080) PONTEVEDRA.

E-mail: lacampana@jet.es

La historia de Israel en el siglo XX es tanto la de la construcción nacional y delimitación sangrienta de un nuevo estado en Palestina, el Estado de Israel, previo despojo y supresión del pueblo *árabe* que habitaba aquél territorio desde siempre, como la de la dramática resistencia de este pueblo a tan brutal despropósito.

El Estado de Israel obtuvo en 1948 el respaldo de la ONU, al reconocer a los judíos un territorio nacional propio (arrebataado a los árabes) que, por otra parte, era mucho menor que el que ahora mismo ocupa. Con aquella injusta decisión comenzó el éxodo y expolio de millones de palestinos, que continúa hasta hoy. El nuevo Estado, fundamentado en una doctrina nacionalista atroz, invadió, saqueó y finalmente se apoderó militarmente de otras localidades, más allá de las fronteras que le habían sido concedidas.

Exhibiendo la amenaza del poder israelí y su capacidad destructiva, algunos grupos israelíes de hoy día esperan que los representantes palestinos terminen por aceptar el Estado de Israel previa legitimación, por la vía de hecho y de derecho, de las deportaciones y actos de violencia cometidos (sin posibilidad de retorno y reconocimiento para los expulsados) y, sobre todo, de la fijación de nuevas fronteras más allá de las establecidas por la Resolución de la ONU. También esperan que, sobre el retal restante [unas Cisjordania, Gaza y Jerusalén reducidas, apenas un 18% de la Palestina histórica, frente al 44% que les correspondería según la ONU] se ubicará el Estado palestino, aún teniendo éste que aceptar la instalación en su ámbito de enclaves israelíes, conectados físicamente entre sí y controlados por las fuerzas de Israel.

Hasta el momento, la representación palestina ha declarado aceptar el Estado de Israel, aunque no en términos tan humillantes como los descritos, y abierto negociaciones (Acuerdos de Oslo, de 1993) para ubicar y definir el Estado palestino. Desde aquella fecha todo fue de mal en peor para la población palestina, tanto de los Territorios Ocupados en 1967, como de los anexionados en 1948-1949.

Ahora mismo, Sharon y los suyos ya no se conforman con el borrón y cuenta nueva en materia de crímenes y pillajes y, mucho menos, con regresar a las fronteras establecidas por la ONU. Ambicionan Cisjordania, Gaza y Jerusalén. Sobre las dos primeras *aceptarian*, en el mejor de los casos, que ciertas Autoridades “palestinas” ejerciesen de *capos* israelíes sobre una población árabe, emparedada entre Israel y Jordania o arrinconada en Gaza, sin agua ni terrenos fértiles ni riqueza mineral alguna, y, por tanto, absolutamente dependiente de la economía israelí. En este último caso, es de suponer que no valorarían demasiado el nombre de esa Autoridad vasalla: Estado, Entidad, Autonomía, Área.

El Estado israelí está ahora mismo ganando esta siniestra partida, de modo que la presión internacional (EE UU, la Unión Europea, el dinero que mueve a unos

y otros) exigen a Arafat y a los palestinos que acepten esa suicida solución, en nombre del realismo histórico, el derecho (?) de Israel y la Paz (?).

¿Cómo se ha podido llegar hasta aquí? ¿Cómo es que aceptamos humilladamente un crimen tan horrendo, como el que se comete a los ojos de todo el mundo con la población palestina?

El Estado de Israel fue construido, como todos los estados nacionales, mediante la mentira y la violencia homicida, justificadas a ojos de los verdugos por la ideología nacionalista y religiosa que les animaba. Pero mantenerlo no exige menor esfuerzo en mentir y matar. Hoy mismo, en mayo de 2002, cuando asistimos a una horrible matanza y devastación generalizada de territorios que el Estado de Israel desea confiscar y someter, sigue repitiéndose desde todos los medios de comunicación y el coro político imperial la horrible cantinela, en alabanza de la solución sionista al conflicto.

Palestina lucha ahora mismo por librarse de una opresión intolerable. Y lo hace con un coraje inaudito, cuando todos los reaccionarios del mundo y las condiciones mismas de la lucha que libra, le reclaman que imite a su verdugo y siga el camino de la entronización del Estado nacional, aceptando hacerlo en un pequeño rincón de su robado país. Contra esa falsa solución se dirige expresamente este dossier de **La Campana**.

Dada la complejidad de la cuestión nos hemos visto obligados a limitar la narración de los hechos desde la perspectiva israelí, sin llegar a describir pormenorizadamente la evolución de la resistencia palestina. **La Campana** se compromete a analizar este último aspecto -los modos de la resistencia palestina- en un nuevo extraordinario, aunque nada más sea para comprender por qué en la sociedad Palestina no han cuajado, ni siquiera llegasen a formularse, planteamientos antiautoritarios y antiestatales que, estos sí, podían ofrecer una salida esperanzada y un destino menos atroz a su admirable lucha por la libertad y la dignidad humanas.

BREVE RESEÑA HISTÓRICA - PALESTINA

Región mediterránea del Oriente Próximo, de 27.000 km² (poco menos que Galicia). Geográficamente, se consideran cuatro zonas bien diferenciadas: la costa mediterránea, rica y fértil, la región montañosa, el valle del Jordán, también de gran riqueza, y, por último, el desierto, situado en el sur del país, entre el Sinaí y el desierto de Jordania.

La población árabe-palestina ronda en la actualidad los seis millones de habitantes, la mitad de los cuales vive en el exilio. Los tres millones que permanecen en Palestina, se reparten en tres grandes áreas: Gaza, Cisjordania (*Territorios Ocupados* militarmente por Israel, tras la guerra del 67) y en el norte de la Palestina histórica (actual estado de Israel). La creciente población judía, incorpora cada año miles de judíos inmigrantes de todo el mundo. A principios del siglo XX eran unos 25.000 judíos, ahora viven en el Estado de Israel cerca de seis millones de judíos.

III, II y I milenio, antes de JC - Hacia el 2500 a.JC llegan a Palestina las primeras tribus *cananeas*, semitas procedentes de Arabia. Hacia el 1240 a.JC, los judíos, conducidos por Moisés desde Egipto, llegan a Canaán. Casi contemporáneamente llegan los *pueblos del mar* o *falastim* (*filisteos*), quienes darán nombre al territorio.

Hacia el año 1000 a.JC se forma el reino hebreo (reinados de Saúl, David y Salomón) que dura apenas 100 años, hasta que fue devastado por los ejércitos asirios. En los siguientes mil años, sucesivos imperios (asirio, babilonio, persa, macedonio y, finalmente, romano) impondrán su hegemonía en la región, mientras los judíos se organizan bajo un sistema teocrático, vasallo de las autoridades imperiales.

Diáspora - En los siglos I y II d. JC las legiones romanas sofocan duramente las revueltas de los judíos, comenzando la lenta pero constante dispersión (*Diáspora*) del pueblo hebreo. En casi dos mil años, muy pocos judíos optarán por quedarse en Palestina. A principios del siglo XX, los judíos en Palestina no llegaban a 25.000, sobre una población de más de 700.000 personas (los árabe-palestinos).

Del siglo VII al siglo XX - En el siglo VII la mayor parte de la población palestina se convierte al Islam. Hacia el año 1000 comienzan las *Cruzadas*, que representaron un periodo de gran sufrimiento. El sultán Saladino libera Jerusalén en 1187. Trescientos años más tarde, será el Imperio Turco quien ocupe Palestina. La dominación turca se prolongará durante cuatro siglos, hasta 1918, fecha en que los ingleses inician su Mandato sobre Palestina.

1897 - 1917 - Convocatoria en Basilea del I Congreso Mundial Sionista. Llamamiento sionista a la emigración a Palestina. En 1917, el gobierno inglés pacta con los sionistas la *Declaración Balfour*, que atribuye a los judíos el “derecho a un hogar nacional judío en Palestina”. Al año siguiente, comienza el Mandato Británico sobre Palestina.

1917 a 1948 - Aumenta significativamente la inmigración judía hacia Palestina y comienzan las primeras refriegas entre árabes y judíos, sobre todo tras la promulgación de las Leyes anti-judías de Hitler y el estallido de la 2ª Guerra Mundial.

1947 y 1949 - En 1917 La ONU acuerda la partición de Palestina en dos estados. Al año siguiente, proclamación unilateral del Estado de Israel y estallido de la I Guerra árabe-israelí. Anexión de territorios árabes por el nuevo Estado de Israel. Comienza el éxodo palestino. Sólo en 1949, más de 700.000 personas tienen que refugiarse en campos improvisados.

1949 / 1967 - 1956, 2ª Guerra árabe-israelí. Fundación en 1964 y 1965 de la OLP, FPLP y el Fatah (dirigido por Arafat). En 1967, estalla la “Guerra de los Seis Días”, por la que Israel se anexiona Jerusalén Este, Cisjordania, Gaza, Golán y Sinaí (devuelto a los egipcios, en 1975). Nuevo éxodo palestino.

1970 / 1973 - En 1970, el rey jordano Hussein ataca los campos de refugiados palestinos en Jordania (Septiembre Negro). Éxodo de los fedayyines hacia el Líbano y otros lugares. En 1973 estalló la IV Guerra árabe israelí (guerra del Yom Kippur). La condición de los palestinos en los *Territorios Ocupados* de Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este se agrava cada día.

1982 / 1993 - Invasión de El Líbano por los israelíes en 1982. Salida de los combatientes palestinos y la OLP de Beirut hacia Túnez y Yemen. En 1987, estalla la 1ª Intifada en los *Territorios Ocupados*. En 1991 Guerra del Golfo (EE UU y sus aliados contra Iraq) en 1991, que convulsiona toda la región.

1993 / 2000 - Firma en 1993 de los Acuerdos de Oslo entre Arafat y Rabin. La Autoridad Palestina se establece en Cisjordania y Gaza, pero la ocupación, colonización, represión y militarización por los israelíes de todo el área convierten los acuerdos de Oslo en una trampa sino una traición al pueblo palestino. Tras el asesinato de Rabin en 1995, se suceden en el gobierno israelí Simón Peres, Benjamín Netanyahu, Ehud Barak y Ariel Sharon

2.000 a hoy - En 2000, salida del Ejército israelí del Líbano tras 20 años de ocupación. Miles de personas han muerto, en medio de brutales episodios de represión como los de Sabra y Chatila. En septiembre de 2000, estalla la 2ª Intifada, con ocasión de la visita de Ariel Sharon a la Explanada de las Mezquitas. Sharon gana las elecciones en Israel. En 2002, comienzo de la Operación Muro Defensivo que, ahora mismo, está devastando Cisjordania y Gaza y matando a un sinnúmero de palestinos, mientras estos se defienden básicamente mediante ataques individuales con bombas suicidas.

colindante, sino de la OLP (y Arafat) como representante del pueblo árabe. Israel, por su parte, decía estar dispuesta a *ceder* ¡los Territorios Ocupados! a cambio de Paz. En realidad, sobre los territorios *cedidos* (la Cisjordania árabe y la Franja de Gaza, excluyendo, en ambos casos, los asentamientos de nuevos colonos judíos) se establecería una pálida Autonomía Palestina. A mayor Inri, esa Autonomía, que se *vendió* al público como el embrión del futuro estado palestino, no era más que un simulacro con pequeñas competencias administrativas y de policía exclusiva para los propios súbditos.

Antes incluso del formal “apretón de manos” en Washington, Diez Organizaciones Palestinas (DOP) crearon un frente opositor que denunció los acuerdos de Oslo. En ese frente se agruparon desde los grupos religiosos islamistas, como Hamas o Yihad Islámica hasta Fath-Intifada o los grupos socialistas y marxistas del FPLP, FDLP, etc, que tendrán una participación destacada en la actual II Intifada. También numerosos intelectuales palestinos, como Edward Said, intentarán enfrentarse a los peores males de Oslo.

Pero lo terrible fue que, en aquella parodia de negociación, solo apta para el espectáculo mediático, se dejaron *aparcadas*, indefinidas, las “cuestiones difíciles”: Jerusalén, el retorno de los cuatro o cinco millones de refugiados, la concesión de nuevas colonizaciones a judíos, la política de seguridad de Israel (con sus demoliciones de casas, desalojos y expulsión de familias enteras, anejió de tierras, la tortura legal, impedimentos de nuevas construcciones a los palestinos condenándolos a vivir hacinados o emigrar o no tener hijos ...), el estatus de la población árabe en el propio estado judío (más de un millón de personas), el estatuto final de la región palestina (autonomía o independencia, en qué términos) etc., etc. Y lo más terrible, ni siquiera se hizo mención a la actuación pasada del sionismo y el Estado de Israel o la violación sistemática de todas las resoluciones de la ONU y tampoco al sacrificio del pueblo palestino en todo ese tiempo.

En los años que siguieron, el pueblo palestino irá comprobando con amargura la naturaleza perversa de aquél Acuerdo que, literalmente, lo traicionó, al asentar la ocupación y la colonización, fragmentar Cisjordania y Gaza y aceptar, de hecho, la pérdida de Jerusalén.

Resumidamente: Israel ralentizó cuanto pudo la transferencia de territorios a la Autonomía palestina, incumpliendo todos los plazos firmados. A los nueve años de aquella firma, apenas se ha evacuado un 20% de lo prometido y, en la actualidad, todo el territorio ha sido devastado en la última operación israelí. También se promocionaron nuevas colonizaciones judías (incluso en la parte árabe de Jerusalén) a un ritmo mayor que nunca. Israel demolió decenas de casas y bloques enteros de viviendas palestinas, continuó la represalia brutal contra los refugiados en El Líbano, sembró todo el territorio cisjordano de carreteras, pasillos y áreas reservadas para judíos, haciendo de Palestina una piel de leopardo, en la que las

manchas son grandes guetos para palestinos, cercados de alambradas y orillados por territorios en los que se imponen la ley, el ejército y la autoridad israelí. Dentro de estos pueblos-cárceles, la Autoridad palestina hace en realidad el papel de capo, a menudo corrupto, para el control de los trabajadores que han de pasar cada día la alambrada y trabajar en el área israelí.

En esas condiciones asfixiantes, la economía en el área palestina se deterioró rápidamente, debiendo recurrir cada vez más a la economía subsidiaria desde terceros países, lo que propició la corrupción y el establecimiento de mafias en el seno de la propia Autoridad Palestina, incluso entre los más cercanos colaboradores de Arafat.

Esta es la situación

¿Qué se reclama, desde el Orden Internacional a Israel, al pueblo palestino? ¿Qué cosa es que ni siquiera Arafat -el responsable por parte de Palestina de la inmensa equivocación del Pacto de Oslo y de los amargos siete años que le siguieron- puede entregarla, sin ser apedreado por los suyos? ¿Qué levanta esta nueva piedra árabe y les empuja a ser matados, sabiendo, como saben, que no tienen ninguna oportunidad de vencer, si no es muriendo?

Se trata de una Insurrección popular, de una nueva Intifada, la segunda, contra lo que el pueblo palestino comprende que es ya su definitivo despojo. Aquél que, si se consuma, le condenará al perpetuo sometimiento, sea como peonada en el estado israelí triunfante, extendido hasta Jerusalén y todo el valle del Jordán, sea como refugiado o emigrado en la diáspora, diluyéndose en las aldeas y barrios de miseria de todo Oriente medio, sea como súbdito en un nopaís, en una sí-penitenciaría pedregosa.

Ahora mismo, la teología de la muerte, está celebrando sobre Cisjordania y Gaza su particular orgía de destrucción y muerte. La operación *Muro Defensivo* organizada por Ariel Sharon se saldará con centenares de muertos, ciudades arrasadas, millares de familias palestinas sin refugio, barrios y pueblos sin agua ni cañerías, innumerables detenidos y desaparecidos y, al otro lado de la barricada, unos jóvenes muertos tras la explosión de la bomba que llevan voluntariamente pegada al cuerpo, sencillamente porque la muerte es más llevadera que la vida encarcelada, mientras decenas de israelíes yacen cadáveres en cualquiera de sus militarizadas calles.

Así es como la nueva frontera del nacionalismo israelí, apoyado por todo el corrupto poder que se hace llamar Occidente, quizás logre vencer en este su particular holocausto. Pero no es menos posible que, finalmente, como ya ha ocurrido antes, la Solución Final prevista no logre destruir a todo un pueblo, capaz de defenderse con piedras de los tanques y bombardeos. Como ya hemos dicho en otra ocasión: “*En un caso o en el otro, ese tiempo nos encontrará en solidaridad con el brazo y el pecho humanos y nunca jamás con el fusil o el torturador*”.

SIONISMO

La expresión *sionismo* fue acuñada por Nathan Birnbaum en 1886 para referirse al reciente movimiento doctrinal que defendía que la *cuestión judía* (dispersión física de los judíos y su pervivencia como pueblo, con cierta frecuencia en ambientes sociales hostiles) sólo podría resolverse impulsando entre los judíos la conciencia *nacional* en los términos propuestos por el nacionalismo político de raíz romántica germánica, más que en el criterio heredado de las revoluciones inglesa y francesa: la nación cívica o ciudadana.

Aunque sepamos que todo nacionalismo político no es más que una teología justificadora del Estado y su función criminal en las sociedades humanas, hay matices destacables entre las diferentes formulaciones nacionalistas, desde que nació la idea nacional en la Europa moderna. Básicamente, para un *patriota* francés de finales del siglo XVIII, la *nación* representaba la comunidad política, fundamentada en la libertad e igualdad de todos los ciudadanos, por encima de sus particularidades físicas, étnicas, culturales, religiosas, lingüísticas, etc, aunque no ignorase que cada nación moderna era el precipitado final de un proceso histórico más o menos secular de centralización y dominio estatal, en el que aquellas particularidades intervinieron decisivamente, a menudo con temible violencia y episodios de indecible barbarie.

Tendrán que pasar varias décadas desde la Revolución Francesa antes de que la crítica socialista y el movimiento obrero combatan enérgicamente esa doctrina nacional y rechacen la perversidad de considerar posibles la libertad y la igualdad relegándolas al mero ámbito de lo político y lo nacional, mientras permaneciesen las desigualdades económica y de jerarquía. Según las tesis socialistas revolucionarias, entre las que se incluye el anarquismo, tanto la propiedad y el beneficio privados como el régimen estatal o de autoridad, revelan, entre otras cosas, la ilusión de aquél abstracto vínculo entre las gentes, siendo el único verdadero -política, social y éticamente relevante- el que encadena a los oprimidos contra la opresión, a los explotados contra la explotación. Sólo la emancipación social y económica podría dar contenido efectivo a aquellas exaltadoras palabras (libertad, igualdad, ciudadanía, etc) que la burguesía y el dinero ilustrados habían situado en el limbo incorpóreo de la retórica política. La nación es, en este sentido, una superchería embaucadora que los oprimidos están obligados a combatir, por lo que el movimiento obrero en su conjunto hubo de declararse, desde el primer momento, internacionalista, y luchar, con frecuencia violenta y trágicamente, contra los diferentes nacionalistas que le irán saliendo al paso en el último tercio del siglo XIX y todo el siglo XX.

Sin embargo, para un nacionalista de fines del siglo XIX, heredero de las tesis románticas de Herder y otros, la nación social precede a la nación política y ambas exigen, como culminación necesaria de su soberanía, la entronización del Estado propio, independiente, sobre un territorio que ha de ser *suyo*, y no de ningún otro.

En estos términos, la nación social preexistente puede reconocerse en la comunión de todos sus miembros con una tradición cultural, étnica, religiosa, etc de la que son partícipes y que los singulariza, identitariamente, respecto de los vecinos. Dicha tradición, considerada como un patrimonio de la que los actuales habitantes del pueblo llamado a *despertar* son los herederos legítimos, puede ser literalmente inventada o anclarse en ciertos elementos culturalmente significativos y singularidades destacables, como la religión, la lengua propia, el *espíritu nacional*, la tierra ancestral, rasgos físicos y raciales concretos, *carácter*, ciertas instituciones, etc, etc, que se presumen vienen de muy antiguo. Dichos rasgos, son para el nacionalista, diferentes aspectos de la nación y, por tanto, el vínculo que garantiza la fidelidad al Estado nacional, que materializa y representa la nación primordial.

Aunque debiera ser suficiente la visión del pavoroso rastro de sangre que van dejando tras de sí, en estos dos últimos siglos, las diferentes variantes de este modelo nacionalista para dar cuenta de su perversa naturaleza, baste recordar en que medida ha contribuido al éxito y expansión de los más horrendos regímenes y criminales conductas: totalitarismo (fascismo, nacional-socialismo, nacional-catolicismo, etc), colonialismo, racismo, militarismo, xenofobia ... y, el enconado conflicto Judío-Palestino.

Para el doctrinario judío el acto fundacional por excelencia de su pueblo está representado por la elección por Jehová de los hijos de Israel (Jacob) al establecer con ellos -y sólo con ellos- la sagrada alianza, que los determinó para la eternidad como un pueblo, el pueblo elegido, prometiéndoles la Tierra a la que llegará el Mesías.

En los dos mil últimos años de historia judía, serán los sionistas más recalcitrantes y los teósofos de menos luces, prácticamente los únicos de entre los judíos que lleguen a interpretar este relato bíblico en el sentido de que la Tierra Prometida significaba un territorio físico concreto, identificable con la Palestina histórica. Y que, por tanto, las fincas, labradíos, ríos, aldeas y ciudades de Palestina son parte indisoluble de ese legado divino al pueblo judío, en su condición material, corpórea, jurídica, económica ... Al fin y al cabo ha sido Dios, su Dios único, el *dueño* real, el propietario

primordial de todas las cosas, quien ofreció hace miles de años a sus hijos (el pueblo histórico de Israel, hoy personificado en sus herederos) la tierra prometida, el país, y el disfrute privativo del paisaje y sus frutos.

Armados con tan divinos mandatos y esotéricos documentos de propiedad, dispuestos a entronizar el Estado judío en un territorio habitado por otros, los sionistas se considerarán autorizados para colonizar Palestina después de dos mil años de ausencia y, proceder al despojo y expulsión del pueblo árabe palestino, valiéndose para ello de cualesquiera medios, incluso los más atroces y siniestros.

Para llevar a cabo sus planes tendrán que vencer la resistencia palestina, pero también imponer su fatídico credo al propio pueblo judío. En esto último han cosechado un éxito notable, hasta el punto de que la comunidad judía, incluso fuera de Israel, está asumiendo mayoritariamente su complicidad en un crimen injustificable, de atroces dimensiones.

Esta sórdida complicidad fue gestándose por el sionismo a través de la organización política nacional, en sus diversas fases: constitución del partido o movimiento nacionalista dinamizador (Congresos Mundiales Sionistas), vertebración del *hecho nacional* ampliando los caracteres distintivos y magnificando las singularidades diferenciadoras étnico-culturales, militarización de la construcción nacional e intriga con los poderosos para conseguir la independencia, entronización del nuevo estado-nación (1948) y expansión territorial (1967 y siguientes, hasta hoy).

Durante dos mil años

El año 70 d. JC marca el colapso final del antiguo estado judío, vasallo de Roma, tras la destrucción de Jerusalén por las legiones romanas de Tito. Cincuenta años más tarde, una nueva revuelta de los judíos de la región fue brutalmente sofocada por las tropas del emperador Adriano. La represión que le siguió, imponiendo la deportación a grandísimo número de judíos, inicia la *Diáspora*, esto es, la lenta pero constante dispersión del pueblo hebreo a muy diversos lugares desde la Palestina histórica.

La emigración de los judíos se cubrió demográficamente muy pronto, tanto por los otros pueblos ya establecidos en la zona como por la infiltración y sedentarización de numerosos árabes nómadas y la instalación de gentes procedentes de otros lugares del imperio romano, como los griegos.

El vínculo fundamental del pueblo hebreo, incluso antes del año 70, radicaba más que en la unidad política en torno a su estado teocrático (vasallo sucesivamente de los imperios babilonio, persa, macedonio, helenísticos y, finalmente, romano) en su peculiar religión monoteísta y ritual asociado, así como en la observancia rigurosa de preceptos, tradiciones y cos-

tumbres, no solo religiosas en sentido estricto, sino también de naturaleza jurídica, social, cultural, etc, en una amalgama imposible de separar. Por otra parte, nunca, en ninguna época o periodo, el pueblo hebreo fue el único habitante del territorio palestino, ni siquiera el único de origen semítico, siendo frecuentes en la zona los intercambios biológicos, culturales, étnicos, lingüísticos, etc.

Hasta el año 70 el centro del culto era el 2º Templo de Jerusalén (el primero, el de Salomón, había sido destruido siglos atrás), ya que en el se realizaban los rituales sacrificiales, bajo la dirección de los sacerdotes. Con la destrucción del Santuario, en las nuevas comunidades judías dispersas por todo el Imperio Romano y provincias aledañas, recuperó el papel central de la actividad religiosa el culto en la *sinagoga* (plegarias y lectura de la Ley). Esta fórmula se había instaurado durante el periodo del cautiverio de Babilonia (deportación a esta ciudad de las familias hebreas más notables y cultas, en el siglo VI a. JC). Al mismo tiempo que las sinagogas cobraban importancia absoluta como lugares de encuentro y transmisión cultural, los rabinos reforzaron el sistema legal halájico (en versión sionista, sistema “diseñado para mantener a los judíos en un marco de conductas distintivas que los separasen de la sociedad circundante, por una especie de muro invisible”).

Así se desligó el judaísmo de la conexión física y territorial con Jerusalén y la tierra de Canaán, sin perder por ello su vínculo religioso, sino más bien al contrario, reforzándolo. Las autoridades rabínicas se convirtieron, de hecho, en los arquitectos de la pervivencia del judaísmo y también de la singularización del pueblo judío en todo lugar que residiese, aún cuando colaborase a ello el reconocimiento por los demás de esa especificidad. Ese reconocimiento en muchas ocasiones y lugares fue pacífico, pero en otras muchas (sobre todo en países cristianos, a partir del siglo XII) provocó graves tensiones, que dieron lugar a episodios de violencia y agresión anti-judías.

En esa situación de dispersión física territorial, pero manteniendo evidentes lazos culturales, religiosos e incluso jurídicos y estrictamente políticos, se mantendrá el pueblo judío, sin estado propio y sin necesitarlo, durante 1.800 años.

La Ilustración europea

En el siglo XVIII vivían gran número de judíos en Europa Central y Occidental, además de los que residían en todo el área musulmana, desde Irán hasta Marruecos. En ese periodo surgió en Europa el movimiento filosófico-político conocido como “Ilustración”, que, antes de caer ella misma en una mitología justificadora de grandes males, impulsó el reconocimiento de los derechos civiles a todos los “ciudadanos de la

La Intifada es, ahora mismo, algo más que la lucha desigual de unos jóvenes con piedras contra los tanques y fusiles de mira telescópica israelíes. Estas acciones callejeras van acompañadas de actos de desobediencia civil que alcanzan a toda la población palestina y, sobre todo, de la construcción y consolidación prácticamente autogestionaria de unas estructuras de solidaridad y organización ciudadana notabilísimas, que convierten la Intifada en “uno de los movimientos sociales de protesta y resistencia civil más trascendentales en la historia de Oriente Medio” y, nosotros añadiríamos, del mundo contemporáneo. Además de las Fuerzas de Choque (los activistas que se enfrentan a las tropas israelíes) “los Comités Populares aparecen en cada barrio de las ciudades, en cada campamento y en cada pueblo. Su misión principal es la de abastecer a la población durante los toques de queda y los bloqueos, crear una red de escuelas y de hospitales que resuelve los problemas educativos y sanitarios existentes, demandar un boicot económico a los productos israelíes y presionar a los trabajadores en Israel para que no acudan a sus lugares de empleo”.

EL REALISMO Y EL ERROR DE OSLO

Ante la magnitud del combate y lo desigual de las fuerzas, entre los dirigentes palestinos -que no el pueblo- fue imponiéndose la idea de aceptar la partición de Palestina y reconocer el Estado de Israel en los términos y con las fronteras establecidas por la ONU en 1947. Es decir, crear un Estado palestino, ahora entre Jordania e Israel, que comprendiese Cisjordania, la franja de Gaza, la parte árabe de Jerusalén y el territorio que Israel se había anexionado *manu militari* a partir de 1948 y 1967. Se imponía el *realismo*.

En los mismos términos empleados por los negociadores palestinos, si este planteamiento, definido como realista frente a una situación imposible, llegase a tener éxito (lo que no es previsible a corto plazo por la intransigencia israelí) se habrá alcanzado la *Paz*, pero a condición de hacerse realidad la tétrica esperanza de los dirigentes mundiales de 1947: crear dos estados vecinos, con las poblaciones aunadas en torno a sus Estados-nación respectivos, vía limpieza étnica. Lo que exigió cinco o seis guerras entre naciones, el inaudito sufrimiento y saqueo de todo un pueblo, cientos de miles de cadáveres, presos y torturados ... a lo largo de 50 años.

Sin embargo, como veremos, esta *realista* proposición, se vendrá abajo estrepitosamente este año 2002, ya que al nacionalismo sionista -calificado por la propia ONU como una forma de racismo (Resolución 337 de la ONU, de 1975)- ya no le es suficiente con cumplir su decimonónico sueño: la Construcción (del Estado) Nacional,

Desgraciadamente, esos esperanzadores entes de coordinación serán parcialmente truncados por la burocracia de la Autoridad Palestina, a partir de los nefastos Acuerdos de Oslo.

La tradición autoritaria que impera en todo el mundo árabe, incluso en los grupos más revolucionarios y sinceramente decididos a poner fin a la opresión política y la explotación económica, impedirá que la Intifada desarrolle en lo social toda la potencialidad que, sin embargo, sí logra expresar en el ámbito de la lucha. Es el reflejo, en el campo palestino, de los males del Estado y la aspiración a organizarse estatalmente.

La siniestra construcción del Estado de Israel empuja de un modo seguramente imparable a los palestinos a seguir sus mismos pasos de construcción nacional y entronización del Estado. Con ello, llegará la corrupción, el caudillismo, el integrismo religioso y, *si hay suerte*, la victoria frente a la despiadada opresión israelí.

el Hogar judío, el Estado de Israel. El mesianismo homicida y la insaciable codicia que les permitió llegar hasta aquí y la continuidad de su servil papel al servicio de la potencia hegemónica mundial, reclaman que el nuevo Estado prosiga su expansión a costa del pueblo palestino

El 13 de septiembre de 1993 Arafat e Isaac Rabin firmaron en Washington, en presencia del presidente norteamericano Bill Clinton, los acuerdos previamente pactados en Oslo. Se produjo en aquella ocasión el «histórico apretón de manos», entre Rabin, el héroe israelí que había ocupado militarmente en 1967 Jerusalén Este, Cisjordania y Gaza, y Arafat, reconocido como líder del conjunto de los palestinos.

Fueron muchos los que afirmaron que aquél gesto simbolizaba el “advenimiento de la Paz”, pero no fueron menos, aunque no tuvieran representación en los gobiernos del mundo y mucho menos en los medios de comunicación de ningún lugar, los que denunciaron aquellos acuerdos como un desgraciado error o una “conspiración” de Arafat, que acabaría pagando de un modo terriblemente caro el pueblo palestino. Y esto fue lo que ocurrió. Los Acuerdos de Oslo y el Proceso de Paz que le siguió, acabaron pudriéndolo todo, para terminar instaurando en Cisjordania, Jerusalén y Gaza un régimen de apartheid y violencia inauditas que, en el momento de escribir estas páginas, está saltando por los aires.

El reconocimiento del Estado de Israel por Arafat no fue seguido del reconocimiento del Estado Palestino

las falanges cristianas. Saddam Hussein, por cuenta de EE UU, había provocado desde Iraq una cruentísima guerra contra Irán, que además llevaba a cabo su propia revolución.

El Líbano

La llegada en masa de refugiados palestinos al Líbano, muchos de ellos experimentados combatientes de ideología izquierdista, fortaleció las organizaciones libanesas que intentaban sacudirse las familias que gobernaban el país, con tendencias extremadamente reaccionarias y, por si fuera poco, en abierta relación con Israel.

Fue esta actividad la que decidió al primer ministro israelí Beguin y a su ministro de defensa Ariel Sharon, a bombardear Beirut en 1982 e invadir el Líbano, con dos objetivos inmediatos: alejar todavía más de la frontera de Israel a los ya refugiados palestinos y crear una *franja de seguridad*, guarnecida con tropas propias y mercenarios cristianos a sueldo, la milicia cristiano-libanesa.

En lo inmediato, tras meses de asedio a Beirut, defendido con sorprendente éxito por los guerrilleros palestinos y los libaneses, la acción israelí logró finalmente la evacuación ordenada de los combatientes palestinos y de las oficinas de la OLP del Líbano, dirigiéndose todos ellos a Túnez y Yemen (países no fronterizos con Israel), aunque dejando a la población civil de los campamentos de refugiados palestinos bajo protección y teóricas garantías internacionales.

Será en estas aldeas-campamentos, una y otra vez asaltadas, bombardeadas y ametralladas, donde la resistencia palestina resultará de una tenacidad increíble. Será aquí, en estas aldeas cercadas de alambre, donde Israel va a sufrir por vez primera la derrota, que no habían podido -o querido- infligirle los gobiernos árabes. Tal acontecimiento ocurrió precisamente en el 2000, pero han tenido que ocurrir antes dieciocho años de espantos, en los que el ejército y los gobiernos israelíes se enfangaron en el crimen.

Fue en esta región, en los campos de refugiados de Sabra y Chatila, en 1982, dónde se consumó el crimen más monstruoso: miles de personas, incluidas mujeres, niños y ancianos, fueron degolladas en una calculada *operación militar*, dirigida por el general Ariel Sharon; el mismo personaje que el pasado año, guarnecido por cien soldados de Barak entró en el recinto de las Mezquitas de Jerusalén, desencadenando una nueva matanza de palestinos, que encendió la mecha de la segunda Intifada. En lógica consecuencia a su fervor patriótico y actividad asesina, Ariel Sharon es ahora mismo el presidente de Israel, que exige a los palestinos, tiradores de piedras, que “depongan su actitud violenta” y acusa a los suicidas palestinos de “terroristas”.

PRIMERA INTIFADA

Mientras esto sucedía en el Líbano, en los *Territorios Ocupados* tras la guerra del 67 de Cisjordania y Gaza la situación se fue haciendo cada vez más insostenible para la población árabe. Las colonos judíos recién llegados les robaban la tierra y el pan, cuando no llevaban a cabo asesinatos y provocaban reyertas en las que sistemáticamente se detenía a los palestinos, que eran encarcelados por años sin juicio. Los detenidos solían ser torturados, ante la impotencia de sus familias. El ejército israelí impedía a los paisanos cualquier actividad que pudiese mejorar su suerte. Jerusalén Este fue arquitectónica y militarmente separada del resto de Cisjordania, al tiempo que se ampliaba la zona judía a costa de terrenos palestinos expropiados. La amargura y la desconfianza en el éxito de los combatientes que luchaban desde el exilio cundieron entre las familias palestinas, cada vez más miserables y humilladas, aunque lo peor estaba por llegar, tras los acuerdos de Oslo entre Arafat e Israel, que supondrán una verdadera catástrofe para el pueblo palestino. A finales de 1987 cundió entre el pueblo la necesidad de asumir una nueva estrategia de lucha, adecuada a su situación de pueblo desarmado y sin recursos: la *Intifada* (vocablo árabe que significa Insurrección Popular).

En ella participó la población palestina, sin apenas más instrumentos que los que podía encontrar en las calles: piedras, neumáticos, hondas, conductores suicidas ... La Intifada se organizó alrededor de la idea de manifestación civil desarmada, pero no pasiva, frente al ejército y la policía. Por supuesto, la Intifada no impidió (tampoco podría, aunque quisiese, que no era el caso) la reducida presencia en las aldeas palestinas (o infiltrados desde El Líbano, apenas desde Jordania) de comandos, capaces de articular atentados violentos.

Es bien conocido el fortuito percance que desencadenó la Intifada en 1987. El 8 de diciembre de ese año, cuatro palestinos que habían sido obligados a detenerse en un control militar israelí en Gaza fueron arrollados y muertos por un camión del ejército, mientras otros nueve palestinos resultaron heridos de diversa consideración. Unos jóvenes del cercano campo de refugiados de Yabalia, que observaban los hechos, concluyeron que el atropello había sido intencionado e inmediatamente se enfrentaron a las tropas de ocupación con lo único que tenían a mano: piedras. Los soldados israelíes abrieron fuego contra ellos, matando a algunos. Pero el ejemplo corrió como un reguero de pólvora entre los desesperados palestinos. Las manifestaciones y revueltas estallaron inopinadamente en decenas de ciudades, desde Ramallah o Jerusalén hasta Nablús.

A partir de ese momento, la sociedad israelí se vio en la circunstancia de matar a personas, niños incluso, que nada tenían en sus manos con lo que el verdugo pudiese legitimar su disposición al asesinato. Durante un tiempo funcionó la utilización propagandística (aún ahora se usa) de que «están armados por el odio», lo que ya es bastante para merecer la muerte y ser destinados a la bala. Pero pronto, ni siquiera eso fue suficiente para acallar la denuncia que ascendía desde el lado palestino.

nación”, socavó la monarquía, combatió la superchería y el dogmatismo religioso en nombre de la razón, reclamó la “libertad” y dictaminó la “igualdad” política de todos los seres humanos, incluidos, claro está, los judíos.

En esa circunstancia, gran número de hebreos de las juderías de Occidente se incorporaron a ese movimiento modernizador, asumiendo los derechos civiles que se pregonaban para todos. Sin dejar de sentirse cabalmente judíos, muchos de ellos optaron por considerarse igualmente franceses, alemanes, holandeses, polacos, austríacos, etc. tratando de poner fin a la segregación, tan artificiosa como secular, del pueblo judío en los países de residencia. Desde ese momento, la pléyade de nombres judíos en todos los ámbitos de la vida intelectual, política, social y económica europeas resulta impresionante: Lessing, Disraeli, Marx, Freud, Einstein, Kafka, Mendelssohn ... Claro está que el vínculo religioso, aunque no el social y familiar, entre esos judíos emancipados se debilitó grandemente. Otro tanto ocurrió en los ámbitos cristianos con la religión cristiana.

No tardarían los rabinos más mediocres y los sectores más retrógrados de la sociedad judía en reaccionar frente a estos cambios, que debilitaban la autoridad de la sinagoga. Pero la ocasión de formular su rechazo y articularlo orgánicamente, les llegará de la mano del nacionalismo étnico-cultural que hemos comentado y la gestación del sionismo a finales del siglo XIX. La mayor catástrofe fue ese encuentro del nacionalismo político con el integrismo religioso más reaccionario y obtuso, para dar lugar al sionismo. De todos modos, la reacción sionista no fue en absoluto original, ya que lo mismo ocurrió en distintos lugares de Europa con la creación por esa época de Partidos Nacionalistas locales igualmente reaccionarios, la mayor parte integristas clericales y todos ellos volcados en la defensa de los *valores ancestrales*.

Algunos historiadores, influidos más de lo que imaginan por la propaganda sionista, valoran el nacimiento del credo sionista como una respuesta judía al antisemitismo y los ataques de que eran objeto algunas juderías en ciertos países concretos. Sin embargo, el sionismo fue más bien la respuesta más exitosa que el

judaísmo tradicional dio al avance de la “asimilación” de los judíos en las sociedades europeas, que no la consecuencia de la ola antijudía que se extendió por Alemania en 1880, Rusia en 1881 y enseguida a Polonia y otros países de Europa Central. Hay que tener en cuenta que Moses Hess, el teórico considerado primer fundador del sionismo, había escrito su obra, *Roma y Jerusalén*, veinte años antes de estos sucesos. Dicho opúsculo expresa por primera vez la idea del regreso del pueblo judío a Palestina para fundar el Estado judío, como una parte integrante del expansionismo colonial que llevaban a cabo las naciones europeas de la época.

I Congreso Mundial Sionista

En 1897 se celebró en Basilea el Primer Congreso Mundial Sionista, convocado entre otros por el judío austro-húngaro Teodoro Hertzl, autor del libro *El Estado judío*, considerado como uno de los fundadores y principal organizador del sionismo originario. Este texto, que tendrá gran repercusión en el pueblo judío, acosado por el antisemitismo de la época, combina el pensamiento sionista tradicional en un sionismo político, estrechamente pragmático.

La disgregación física y diversidad cultural propiamente judaicas fueron cuestionadas por Teodoro Hertzl y otros, al plantear la «unidad de los judíos» no en términos meramente culturales, jurídicos y rituales (como había sido en los dos mil años precedentes), sino de construcción de un Estado soberano, sobre una geografía terrenal, a la que debieran desplazarse cientos de miles o millones de emigrantes.

Si en la teología y poesía tradicionales judías, Sión (la colina de Jerusalén sobre la que había sido construido el antiguo Templo de Salomón, actualmente ocupada por la Mezquita de Omar) simbolizaba la aspiración de las comunidades de la Diáspora a la unión mística del pueblo *elegido* por su Dios, en los nuevos sionistas, la mítica Sión se torna pura geografía terrenal y vincula, en términos políticos, la metáfora de Sión a la visión del Estado moderno y la unidad nacionalista.

En casi 2000 años, hasta Hertzl y algunos pocos predecesores suyos, a pocos judíos se les había planteado la necesidad de marchar a Palestina o considerar aquella tierra como el hogar físico de la comunidad hebrea. Ni siquiera cuando arreciaba la persecución antisemita en algún lugar de Europa. Para los más, resultaba evidente que el vínculo que unía a los judíos entre sí y los hacía fuertes como pueblo, no era en absoluto un «*la tierra*» entendido en sentido físico y mucho menos la organización política, sino más bien la Torah. Tan era así, que apenas ninguno había regresado a ese territorio en 2.000 años, a pesar de que nada ni nadie se lo impidiese. Incluso el sultán musulmán Saladino



«La ocupación nos mata a todos»

había intentado inútilmente atraer a los judíos hacia la Jerusalén por él arrebatada a los cruzados, prometiéndoles absoluta libertad para su culto y tradiciones y ofreciéndoles privilegios políticos y económicos. Lo mismo ocurrirá cuando los sionistas hagan sus primeros llamamientos internacionales para acudir en masa a Palestina.

El programa sionista de Basilea contempla las siguientes medidas para conseguir su objetivo: “I. La potenciación sistemática de la colonización de Palestina mediante el establecimiento de agricultores, artesanos y obreros judíos; II. La organización y federación de todo el judaísmo, a través de sociedades locales y federaciones generales, en la medida permitida por las leyes de los países en donde se funden; III. La reafirmación del sentimiento nacional judío y de la conciencia nacional del pueblo judío; IV. Gestiones preparatorias a fin de obtener de los gobiernos el consentimiento necesario para alcanzar el objetivo del sionismo”.

En el Congreso llegó a decirse que Palestina era “una tierra sin pueblo, para un pueblo sin tierra”, un lugar “vacío”, que estaría verdaderamente habitado cuando lo ocupase el pueblo al que Dios (su Dios) se lo había prometido. Por supuesto que Palestina estaba muy lejos de estar “vacío”, con más de 600.000 árabes palestinos viviendo allí y apenas unos 25.000 judíos, con los que los árabes vivían pacíficamente bajo las tolerantes leyes religiosas del Islam y políticas del Imperio Otomano. Pero ello no inquietó lo más mínimo el falso discurso teológico de los sionistas, para quienes los “residentes árabes” ocupaban indebidamente un lugar que no les correspondía por destino sagrado, sino por mero azar histórico.

Aunque algunos millonarios y unos pocos activistas pro-sionistas llegaron a insinuar la posibilidad de establecer el nuevo Estado judío en algún lugar más rico y menos problemático, como el sur de Argentina, los sionistas desdeñaron tales propuestas, ante el «tirón» que representaban los relatos mitológicos de la Tierra Prometida, la Sión perdida, etc, para animar a los colonos a dirigirse hacia el nuevo *hogar* judío: Palestina.

Ya en el opúsculo de Hertzl *El estado judío*, se esboza el proyecto de las empresas *Society of Jews* y *Jewish Company*, que llevarían a cabo y financiarían el desplazamiento a Palestina, “nuestra inolvidable patria histórica”, de miles de colonos para construir el nuevo hogar judío. El dinero procedería de las familias sionistas más acaudaladas, algunas de ellas de extraordinario poder, como los banqueros Rothschild.

La iniciativa de impulsar la colonización de Palestina la articulan los sionistas en torno a las campañas denominadas *Aliya* [“subida a Sión”], una poética metáfora cara a la tradición pero que, con los nuevos mimbres, creaba en los emigrados una explosiva mezcla de religiosidad, dinero, mesianismo y extremado nacionalismo, al que muy pronto se

incorporaría el componente racista.

Desde 1898 en adelante, pero especialmente a partir del 5º Congreso Sionista (1902), el movimiento sionista realizó sucesivos llamamientos entre los judíos de todo el mundo para que emigrasen a Palestina, para lo que le ofrecen tierras (compradas por el propio movimiento a algunos terratenientes absentistas palestinos, afincados en Estambul) y cierta cantidad de dinero en efectivo. Sin embargo, pese a un cierto eco inicial, los llamamientos apenas tuvieron éxito, de modo que en 1917 apenas había 50.000 judíos en Palestina, frente a los 25.000 de 20 años atrás. Fueron muchos más los judíos orientales y centroeuropeos que prefirieron emigrar a América, sobre todo a EE UU y a Argentina. Esa circunstancia facilitó que los árabes, acostumbrados a la convivencia sin graves problemas con los judíos lugareños desde hacía cientos de años, apenas se inquietasen por el reducido flujo de jóvenes colonos judíos que empezó a llegar a Palestina, aunque recelasen al comprobar que habían comprado tierras a los terratenientes absentistas y, sobre todo, organizaran colectividades cerradas para explotar las tierras, algunas de ellas animadas de cierto utopismo revolucionario, no contratasen para las faenas de época a jornaleros y peones palestinos como era la práctica habitual (y de eso vivían gran número de campesinos árabes sin tierra o con pequeñas parcelas) y tuviesen un nivel técnico muy superior al de la población indígena.

Quizás fue en las localidades donde se instalaron estas comunidades agrícolas, donde primero surgió el recelo de los árabes ante el poder que acumulaban los recién llegados. Lo cierto es que los 14 *kibutz* (granjas colectivas) israelíes que ya funcionaban antes de 1914 dejaron a muchos obreros agrícolas árabes sin trabajo y arruinaron a gran número de pequeños propietarios agrícolas árabes, que inmediatamente se vieron abocados a malvender sus tierras a nuevos colonos judíos (únicos que tenían dinero). Ya el propio Theodore Hertzl había escrito: “Trataremos de hacer desaparecer a la población [árabe] pobre a través de la frontera, obteniéndole trabajo en países de tránsito, mientras le negamos trabajo en nuestro propio país ... Tanto el proceso de expropiación y el traslado de los pobres deben ser realizados con discreción y circunspección”. [NOTA: Sólo se les olvidó lo de buscarles trabajo en otros países, sencillamente los deportaron a campamentos y aldeas miserables].

Por otro lado, hay que tener en cuenta que los judíos recién llegados a Palestina, representados políticamente por el Sionismo y sus Agencias, gozaban además de la protección del Sultán turco, quien se beneficiaba de la inversión económica de los Sionistas en el Imperio y buscaba la complicidad de los judíos para frenar los incipientes movimientos independentistas árabes. A lo que el movimiento sionista se prestó, en un primer momento.

GUERRA DE 1967: OCUPACIÓN DE GAZA Y CISJORDANIA

La Guerra de 1967 fue planteada por Israel como guerra *preventiva* contra Egipto, Siria y Jordania, utilizando como pretexto la inquietud creada en Jordania por el anuncio israelí de proceder al desvío de las aguas del Jordán (fronterizo entre Jordania e Israel), inmediatamente replicada por Siria, en cuyo territorio del Golán nace el famoso río.

La contundencia de las acciones bélicas causó enormes destrozos y pérdidas en vidas humanas en todos los países árabes atacados, que, de ese modo, pagaban su exceso de retórica antisionista (sin llegar a apoyar decididamente a la población palestina), pero, sobre todo, las veleidades nacionalistas, laicas y socializantes que ponían en peligro los intereses petrolíferos y regionales de las potencias occidentales, sobre todo EE UU. Además, sus ejércitos eran escasamente eficaces, con gran número de soldados y oficiales pero mal armados y pertrechados, peor entrenados y sin apenas recursos para afrontar un conflicto con el poderoso ejército israelí.

Durante este conflicto, Israel ocupó Jerusalén, incluida la parte árabe (de Jordania), se anexionó Cisjordania (de Jordania) y el Golán (de Siria), además del Sinaí (de Egipto) y Gaza (Egipto). La ONU condenó expresamente esta anexión, pero no impuso a Israel la inmediata retirada de los Territorios Ocupados, ya que EE.UU. vetó la resolución que condenaba a Israel como agresora. Medio millón de nuevos refugiados palestinos fueron a parar a los campos de concentración, habilitados en Jordania y otros países fronterizos, como el Líbano.

Aún en 1968 Israel lanzó una nueva ofensiva militar, ahora contra los campos de refugiados palestinos en Jordania. De nuevo, miles de palestinos lloraron sus muertos y se exilaron. El éxodo palestino resultará en esta ocasión no menos dramático que el sufrido veinte años atrás. Los campos de refugiados se hacen grandes y más míseros.

Nunca aceptó Israel volver a la situación fronteriza anterior a 1967, tragándose ahora literalmente el país entero de los palestinos, para tratar a sus habitantes como parias a los que conviene matar o desalojar violentamente, para que se avengan a no se sabe bien que Solución Final. Sobre los territorios anexionados (desde ahora, *Territorios Ocupados*) comenzó Israel de inmediato la construcción de “Colonias judías”, tras derribar con bulldozers las casas palestinas (de este modo, se eliminaba la posibilidad de reclamación física y, en el peor de los casos, sólo sería posible la indemnización económica), construir otras nuevas fabricadas con extraordinaria rapidez y adjudicarse los terrenos por “ausencia” de los “desconocidos” propietarios. Como venía sucediendo desde 1948, la usurpación de las tierras se hacía a nombre del “pueblo judío” y se entregaba en una especie de “usufructo” a los particulares o colectivos judíos, que no podían venderla ni transmitirla a quien no fuese judío y así lo manifestase.

Tras la ocupación de 1967

Tras la ocupación de 1967, desde los *Territorios Ocupados* huyeron miles de familias palestinas con destino a todas partes del mundo, pero todavía será peor la suerte que corran los que decidieron permanecer aferrados a sus casas y tierras. Sobre ellos se abatirá una ocupación militar despiadada, que usa de las armas más horribles para domeñarlos: la tortura (legal), el terror selectivo (de los agentes secretos del Mosad), derribos de casas, destrucción de aldeas, penas de prisión sin causa ni proceso, matanzas, pobreza y, por supuesto, la amenaza constante. Además, se acentúa extraordinariamente la política de asentamiento de colonos judíos, expropiación de tierras y control militar de las poblaciones palestinas que se van arrinconando en cada vez más estrechos límites.

Pero la resistencia palestina empieza a organizarse en esos lugares. Poco a poco, aún sin armas, serán estas gentes las que protagonizarán la resistencia a Israel, reemplazando a los comandos *terroristas* que en los años 60 habían tratado de golpear los intereses de los aliados de Israel mediante el secuestro de aviones, las cartas-bomba o los atentado suicidas.

Miles de refugiados palestinos que se hacinaban en los campos de refugiados de Jordania, cerca de la frontera con Israel, lograron organizarse y hostigar eficazmente a Israel. Sin embargo, su creciente actividad les llevó a crear, de hecho, un área palestina en Jordania, que se escapaba al control del propio rey jordano, Hussein. Éste temió perder el trono, probablemente amenazado por EE UU e Israel, decidiéndose en 1970 a desencadenar una terrible represión sobre los campamentos palestinos -el Septiembre Negro- y obligarlos a marchar hacia otros países, especialmente al Líbano. Más de quince mil refugiados palestinos fueron muertos en aquellos días por los beduinos del rey Hussein.

Nueve años más tarde, el presidente egipcio Sadat firmó con Israel los acuerdos de paz de Camp David, bajo patrocinio norteamericano. Israel se retiró del Sinaí y Egipto reconoció al Estado de Israel. Sadat pagará con su vida semejante decisión que, para muchos, representó uno de los más lamentables actos de claudicación de un gobierno árabe frente a EE UU e Israel. Sin embargo, la historia última de los gobernantes árabes es abundante en conductas infames y episodios brutales contra sus propios pueblos.

El pueblo palestino estaba completamente solo, frente a un enemigo mil veces más poderoso que buscaba eliminarlo por todos los medios. Egipto había pactado con Israel. El rey de Jordania los había asesinado por la espalda y empujado al exilio. Siria, con el Golán en manos israelíes, les presionaba. La guerra civil del Líbano les obligaba a vivir bajo la amenaza permanente de la victoria derechista y

CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

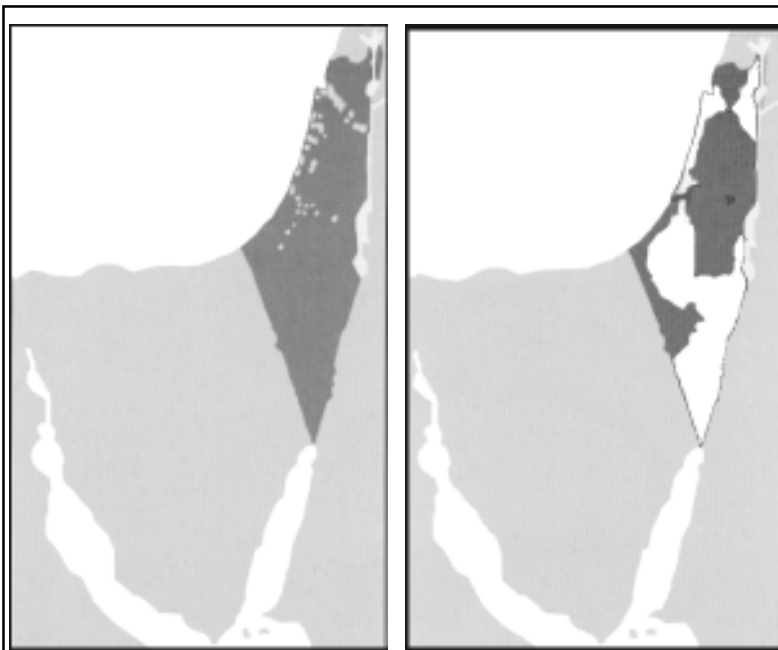
A partir de 1947-1949, el primer conflicto palestino-israelí, dio paso a un conflicto regional, más propiamente árabe-israelí, que simuló enfrentar a todas las naciones árabes el naciente estado israelí, declaradamente expansionista. En ese marco, los palestinos serán los que sufran directa y brutalmente las consecuencias de las sucesivas derrotas árabes, así como de los juegos diplomáticos entre EE UU, Israel y los propios gobernantes árabes de los países limítrofes, que no dudarán, una y otra vez, en sacrificar, cuando no perseguir sañudamente, al propio pueblo palestino, si así lo exigen sus intereses y negocios.

El conflicto árabe-israelí (en realidad, el rifirrafe entre las familias gobernantes de los países con áreas limítrofes y los sucesivos gobiernos israelíes, convertidos en el portaviones estadounidense para el control de toda la región) con frecuencia se superpondrá a los palestinos, con trágicas consecuencias para este último pueblo. Al menos, hasta que en la década de 1980 sea el propio pueblo palestino de los “Territorios Ocupados” el que imponga su protagonismo con la I Intifada.

En ese ambiente de división entre los gobernantes árabes -aunque formalmente todos ellos apoyasen la causa palestina- se creó en 1964 la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), tras un llamamiento a la unión de los árabes realizado por el gobernante egipcio Nasser. Nasser había sufrido la intromisión israelí en 1956, cuando decidió nacionalizar el Canal de Suez, con la oposición de Inglaterra y Francia que veían peligrar sus intereses comerciales e industriales en Arabia, Golfo Pérsico y Océano Índico. Inglaterra, Francia e Israel atacaron militarmente a Egipto, pero finalmente tuvieron que retirarse.

La excesiva dependencia de la OLP de Nasser y otros gobernantes árabes, surgieron en esa misma época numerosas organizaciones estudiantiles y profesionales propiamente palestinas, que intentaban articular la resistencia, cada vez más dura contra Israel. Así surgieron el Frente Popular de Liberación Palestina (FPLP) y, en enero de 1965, el Fatah, liderado por Arafat.

Si el conflicto de 1956, por su envergadura, fue llamado “II guerra árabe-israelí”, la guerra de 1967, conocida como la “III Guerra árabe-israelí” o “Guerra de los Seis Días”, fue con mucho la más importante, por sus consecuencias.



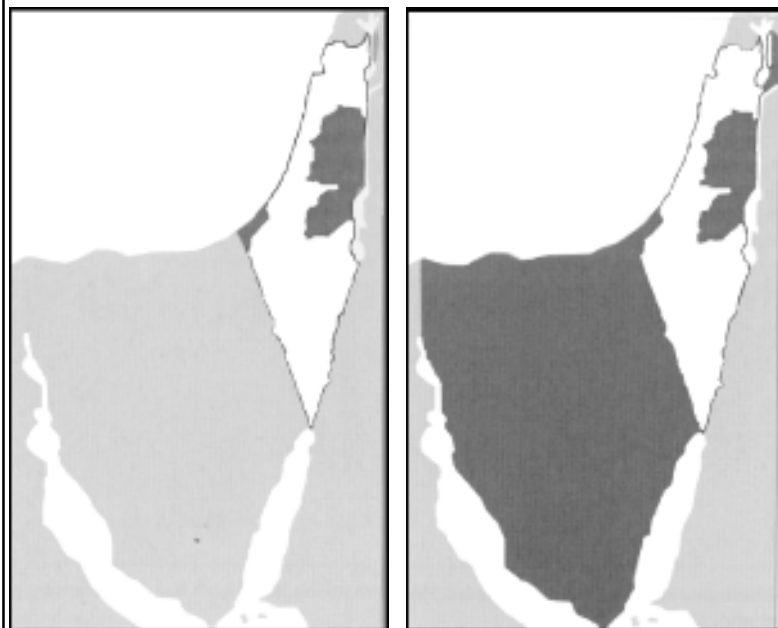
1948

Plan de partición de la ONU

Hasta 1948, los judíos poseyeron el 5,67 % de la superficie de Palestina. Tras el plan de reparto de la ONU, Israel controlaba el 56,47 % del territorio, ocupación que, tras la agresión de 1948, alcanzó el 78 %. Con la agresión de 1967 los judíos llegaron a ocupar todas las tierras palestinas, además de los altos del Golán (Siria) y el Sinaí (Egipto).

Agresión de 1948

Agresión de 1967



DECLARACIÓN BALFOUR

Ya en el I Congreso Mundial Sionista (Basilea, 1897) algunos de los participantes desconfiaban de la eficacia inicial de su llamamiento a los judíos para que emigrasen a Palestina, por mucho que su discurso se tiñese de referencias religiosas profundamente arraigadas en la gran mayoría del pueblo hebreo. El débil resultado de las sucesivas *Aliyas* (“Subidas a Sión”) ahondaría en esa preocupación. Sin embargo, los sionistas contaban con otra estrategia para llevar a cabo sus planes, no excluyente pero sí independiente de la primera. Un procedimiento expresamente recogido en el Congreso sionista de Basilea y utilizado con gran frecuencia por las autoridades judías (y no judías) en todas las épocas de su dilatada historia: el pacto con los poderosos del lugar.

El propio Teodoro Hertzl realizó numerosas gestiones con los dirigentes políticos de Turquía, Rusia, el Vaticano, Italia y Gran Bretaña para conseguir el territorio que permitiera la construcción de un “hogar judío”. En su influyente libelo, *El estado judío*, Hertzl escribe: “Si su Majestad el Sultán nos concediera Palestina, nos comprometeríamos a sanear las finanzas de Turquía. Para Europa formaríamos allí parte integrante del baluarte contra Asia: constituiríamos la vanguardia de la cultura en su combate contra la barbarie. Como Estado neutral, mantendríamos relaciones con toda Europa que, por su parte, tendría que garantizar nuestra existencia ...”. El sionista húngaro estaba perfectamente al tanto de las dificultades financieras del Sultán y de que algunos nobles de origen árabe, propietarios de grandes fincas en Palestina, vivían opípara y descuidadamente en Estambul, lejos de las aldeas en que penaban sus humildes jornaleros palestinos.

El Sultán respondió inicialmente de modo favorable a la iniciativa sionista, aunque no en el grado que estos pretendían. Favoreció con privilegios a la comunidad judía, sobre todo de Jerusalén, hasta el punto de que en 1910 la mayoría de los bancos, comercios y empresas más importantes estaban en manos de los judíos. También los centros educativos y de formación técnica, a los que de ningún modo podían acceder los árabes.

Sin embargo, el intento de *comprar* Palestina al Sultán turco, con el consentimiento de la nobleza absentista palestina, fracasó, aunque no así el ofrecimiento sionista a los dirigentes Europeos y, más concretamente a Gran Bretaña, que no tardará en adueñarse de Palestina e incorporarla a su Imperio.

Durante la I Guerra Mundial, al poco de su inicio, en 1914, Turquía se alió a Alemania y Austria-Hungría frente a Inglaterra, Francia y Rusia, además de Servia y Bélgica. Como es bien sabido, fue aquella

guerra, como todas, horrenda, aunque de dimensiones y características escalofriantes. Entre 1914 y 1918 perdieron la vida sobre los campos de batalla más de diez millones de personas, sacrificadas despectivamente al altar del capitalismo imperialista, la carrera de armamentos y la desaforada codicia de la clase adinerada. Los pueblos fueron arreados al matadero para beneficio de unos pocos ricos, pero sobre todo de un régimen político (el estatal), económico (capitalista) y social (de desigualdad) inhumano y destructivo.

La guerra, especialmente dura para los ejércitos europeos en Oriente Próximo, obligó a Gran Bretaña y Francia a pedir ayuda a los jefes árabes para que luchasen contra el Imperio Turco al que estaban sometidos, prometiéndoles a cambio la independencia al término de la contienda. Sin embargo, ni Francia ni Gran Bretaña estaban dispuestos a cumplir lo firmado.

El 16 de mayo de 1916, cuando arreciaba el conflicto bélico y los árabes fiados a la palabra anglo-francesa, intervenían esforzadamente en contra del Imperio Turco, los gobiernos francés y británico firmaron un acuerdo, conocido como Sykes-Picot, en el que se recogía públicamente aquella promesa a los jefes árabes, pero en cuyas cláusulas secretas decidían que una vez conseguida la victoria se repartirían entre ambos los despojos del Imperio Turco y negarían la independencia a los árabes. Inglaterra se reservaba Jordania, parte de Iraq, la Península de Arabia y la mayor parte del golfo Pérsico, además de los puertos de Acre y Haifa. Francia se quedaría con el norte de Iraq, Siria y Líbano. Palestina sería entregada a una administración internacional, si bien, finalmente, quedaría bajo mandato británico.

Mientras la guerra devastaba la región de Oriente Próximo, un año antes de que el Imperio Británico llegase a sustituir al Imperio Turco en Palestina, el gobierno inglés pactó con los judíos sionistas un texto, la *Declaración Balfour* (así llamada en honor al ministro británico de Asuntos exteriores que la firmó), que atribuía a los judíos el “derecho a un hogar nacional judío en Palestina”.

La carta que Balfour dirigió el 2 de noviembre de 1917 a Lord Rothschild, el poderoso banquero judío sionista, decía textualmente:

“*Estimado Lord Rothschild: tengo sumo placer en comunicarle, en nombre del Gobierno de S.M., la siguiente declaración de simpatía hacia las aspiraciones judeo-sionistas, declaración que me ha sido sometida a la consideración del Gabinete y aprobada por el mismo.*

«*El Gobierno de S.M. contempla con simpatía el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y empleará sus mejores esfuerzos*

para facilitar el cumplimiento de este objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los derechos y el estatuto político de que gozan los judíos en cualquier otro país.

«Agradeceré que lleve usted esta declaración al conocimiento de la Federación Sionista. Suyo sinceramente, Arthur James Balfour».

Muchos autores consideran esta Declaración como uno de los actos más funestos de la historia del siglo XX, que marca el comienzo del expolio impune al pueblo palestino. Lo cierto es que, en su calculada ambigüedad, la Declaración Balfour fue también un acto de cinismo y traición, que los propios jefes árabes no supieron o no quisieron reconocer en su justa dimensión.

Titular a Palestina como el hogar “nacional” de los judíos, al tiempo que se definía al 90% de la población real palestina en “comunidades no-judías”, fue un desvergonzado acto político de catastróficas consecuencias, que enseguida llegaron.

¿Qué había determinado a Gran Bretaña para aprobar tamaña resolución, que, por otra parte, aparentaba significar un cambio en su estrategia para Oriente Medio?. Al menos tres fuertes razones:

- La poderosa Banca judía había apoyado financieramente la actividad bélica anglo-francesa. La cesión a los sionistas (estrechamente vinculados a la alta burguesía judía) de Palestina, podía facilitar la condonación parcial de la deuda en favor de Gran Bretaña y Francia, como efectivamente ocurrió.

- La intervención de Cain Weizman, máxima autoridad sionista mundial, que era el jefe de los laboratorios militares británicos y, a la vez, inventor y promotor industrial de algunas de las armas que se estaban usando, con gran éxito homicida.

- El ofrecimiento de los sionistas al gobierno inglés, comprometiéndose a defender de inmediato los intereses de Gran Bretaña y la Europa aliada en Palestina, frente a los inquietos y burlados árabes.

Con todo, los árabes locales no reaccionaron contra la Declaración Balfour, al considerar que el *hogar nacional judío* no representaba un obstáculo real para la existencia de una patria palestina y la convivencia de ambas comunidades, como venía ocurriendo en toda la historia bajo el Islam. Fue claro que ellos no entendieron en su cabal dimensión política el término *nacional*. Solo bastante más tarde y ante el desarrollo de los

hechos caerán en la cuenta de que la doctrina nacionalista, terminaría imponiendo en brevísimo plazo la identificación de tal *hogar nacional* con el *Estado nacional* anunciado en los textos sionistas y que estaba definido precisamente como *Estado nacional judío* y no palestino o diversamente cultural. De hecho, en el anecdótico debate que hubo en Israel (apenas un poco más vivo fuera de Israel) entre los sionistas ortodoxos, capitaneados por Cain Weizmann, que defendían la organización del Estado solo judío, y los sionistas *revisionistas*, dirigidos por Jabotinsky, partidario de construir un estado judío-palestino, concluyó con el paso en masa de los revisionistas a las tesis de los ortodoxos.

Como hemos dicho en otra ocasión, en estas mismas páginas, “¿Qué puede justificar la decisión de construir un Estado definido étnica o religiosamente -como fue el judío- sobre la tierra en que vive y considera legítimamente como suya otro pueblo? La respuesta a esta pregunta, dicho con las palabras justas (aunque sólo el cinismo político pueda digerirlas sin sentir escalofrío), sólo puede ser una:

«La secreta esperanza de que a un lado y otro de la línea divisoria, por el método que fuese (incluso el más horrendo), se desencadenase cuanto antes una “limpieza étnica”, que aunase a las poblaciones con sus respectivos estados. Por eso, el *reparto* arbitrado fue además brutalmente desequilibrado, pues los judíos tenían una participación escasa en la zona reconocida a los árabes, mientras los palestinos eran mayoritarios en casi todas las regiones y poblaciones cedidas a los judíos.»

«Y esta macabra esperanza, es la que viene cumpliéndose, hasta hoy, aunque por episodios, a modo de un siniestro folletín por entregas.»



CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO DE ISRAEL

Desde el punto de vista sionista, la consolidación del Estado de Israel, declaradamente nacionalista religioso, exigió:

- **Militarizar** la población judía, estableciendo a partir del 26 de mayo de 1948, el servicio militar obligatorio, tanto para hombres como para mujeres, además de un servicio militar de reserva, por el que toda la población civil debía incorporarse al servicio activo en cuanto fuese reclamado.

- **Accentuar** el carácter religioso del nuevo estado, convirtiéndolo de hecho en una “democracia” teocrática, en la que la religión prima sobre los criterios de ciudadanía. Del mismo modo, se impulsa la homogeneización lingüística, cultural, etc.

- **Ampliar** el llamamiento a los judíos de todo el mundo para que emigrasen a Palestina (desde ahora, para los judíos, Tierra de Israel). Ya en mayo de 1948, se dictaron leyes, completadas en 1952, por las que se reconocía la nacionalidad israelí a todos los judíos -y solo a ellos- que llegasen al nuevo estado identificándose como tales, de modo que en los inmediatos diez años siguientes Israel acogió a cerca de un millón de personas.

- **Intensificar** las relaciones con EE UU, para que este financiase el nuevo Estado. Sólo en los primeros años de la fundación del Estado de Israel, entre 1949 y 1966, Israel recibió desde EE UU (dinero gubernamental y privado de algunos archimillonarios grupos judíos) la friolera de 7.000 millones de dólares, frente a los 13 mil millones que recibió todo Europa a través del Plan Marshall, tras la 2ª Guerra Mundial. Todavía hoy, superado el 50 aniversario de la proclamación del estado de Israel, sigue siendo Israel una entidad inviable económicamente sin la ayuda que le prestan EE UU y otros.

- **Impulsar** la desaparición física de la mayoría palestina, así como la postergación social, cultural y económica del limitado número de árabes a los que se permitiría vivir en Israel. Para lograr esto, desde el primer momento, los sucesivos gobernantes judíos utilizaron todo tipo de medios, incluido los más siniestros: asesinatos, incluso de familias enteras, demoliciones de viviendas y edificios con la menor excusa, destrucción de cosechas y zonas forestales de propiedad árabe, deportaciones masivas, encarcelamientos con apropiación de los bienes de las víctimas, confiscaciones, tortura legal y extra-legal, demolición de barriadas árabes y sustitución inmediata por asentamientos judíos, devastación con cualquier excusa de las aldeas y ciudades árabes, aún cuando los frustrados levantamientos y protestas de la población -que, de víctima pasa a tener la consideración de *terrorista*- son la ocasión más favorable para estas fechorías, tal y como ocurre ahora mismo con motivo de la II Intifada. Especialmente cínica es la práctica, legal en Israel, de

demoler las casas de los acusados de terrorismo dejando a toda su familia a la intemperie y sin refugio, teniendo con frecuencia que emigrar, sino es por la solidaridad de los vecinos, cada vez más hacinados y pobres.

- **Legitimar** el pillaje como asunto de estado. Uno de los instrumentos más eficaces para esta usurpación son las leyes del Estado de Israel que imponen la expropiación forzosa en favor del pueblo judío, de todos los bienes patrimoniales, solares, fincas y terrenos “abandonados” por las familias palestinas “ausentes” que han tenido que huir, unas aterrizadas por las masacres cometidas por los paramilitares y militares judíos, otras intimidadas ante las amenazas constantes y la destrucción del tejido social palestino. Al mismo tiempo, todo está organizado para que los “ausentes” no puedan regresar jamás.

Hasta 1947 los judíos poseían el 6 % de las tierras de Palestina. En 1950 se dicta la Ley de Propiedades de Ausentes, que legaliza la confiscación de grandes extensiones de tierras. Al término de ese año, el Fondo Nacional Judío calcula que se habían apoderado del 90 % de la tierra. Entre 1948 y 1953 fueron creados 370 poblados y asentamientos judíos, 350 de ellos sobre propiedades de “ausentes” que, según la ONU, tenían toda la legitimidad para regresar a sus casas. En 1954 el 35 % de los judíos de Israel vivía en propiedades confiscadas de “ausentes” y 250.000 nuevos inmigrantes judíos se habían establecido en áreas urbanas de las que habían sido expulsados los palestinos tras las matanzas y amenazas que siguieron a la proclamación del estado de Israel. En esos mismos años, más de 10.000 empresas y comercios palestinos fueron entregados a colonos judíos. Esta práctica es la misma que se viene aplicando desde aquella fecha hasta hoy y determina la situación actual de las nuevas colonias judías en las Cisjordania y Gaza ocupadas.

- **Mantener** vivo el despectivo criterio colonialista, cada vez más racista, de los judíos frente a los árabes (materializándolo en leyes y tratos discriminatorias) y, sobre todo, el expansionismo. De hecho, la Palestina histórica (la heredada del Imperio turco) tiene una extensión de 27.242 km², de los cuales hoy Israel ocupa ya el 80%: 22.000 km² (frente a los 14.500 km² decididos por la ONU en 1948). Aunque depende de como se resuelva la actual “Operación Muro Defensivo”, es muy posible que Israel se anexe ese 20% que le falta de Cisjordania y Gaza.

Respecto de Jerusalén, los sionistas declararon desde el mismo día de la proclamación del Estado de Israel, que harían todo lo posible para establecer en esa ciudad su capital exclusiva, lo que ahora mismo están a punto de conseguir.

LOS REFUGIADOS

En aquellos días de 1948 comenzó el *problema* de los refugiados palestinos, habitantes en inmensos campamentos de lata, cartón y lona sobre las regiones desérticas de varios países. Personas de los que nadie quiere hablar y de las que casi todo el mundo quiere deshacerse, considerándolas uno de los *problemas* que atasca las conversaciones de Paz, de esa Paz que tal y como se perfila desde los acuerdos de Oslo (por otra parte incumplidos por parte israelí), no es tal proceso de Paz sino de consumación de la violencia y el pillaje de estado.

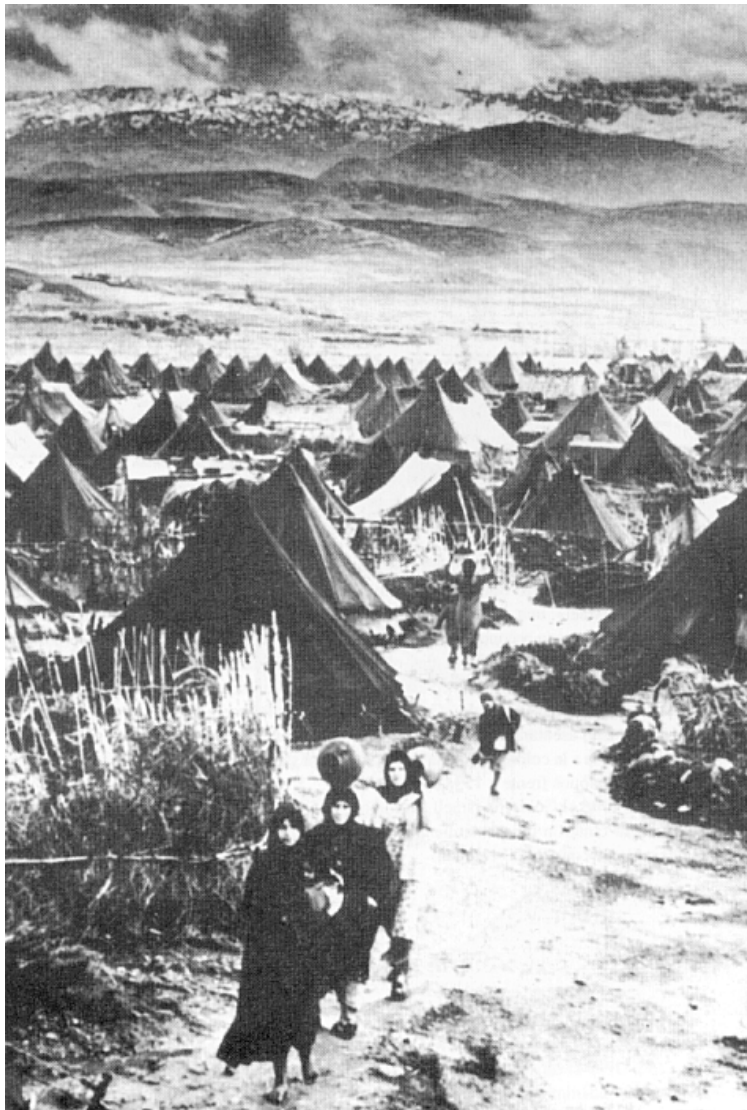
Al terminar el año 1949, el número de refugiados se acercaba a las 700.000 personas, pero tras los sucesivos desalojos, anexiones territoriales y expulsiones decretadas por Israel, en las próximas «guerras», la cifra se disparará: 1.600.000 en 1967,

más de 2.000.000 en 1975, al menos 3.500.000 de personas en la actualidad, muchas de las cuales viven en “El Líbano, Jordania y Siria bajo el límite de la pobreza, apilados en campamentos, privados del derecho a trabajar y a abandonar el país” y otros muchos en el exilio.

En el primer año, durante el invierno de 1949, más de setecientos mil palestinos hubieron de alojarse en cuevas, chozas abandonadas o tiendas improvisadas. Muchos murieron de hambre y frío, sobre todo los niños. Hubo que esperar hasta finales de ese terrible año del “Desastre” para que la ONU estableciese la primera Administración de Ayuda y Servicios para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo, sobre sesenta campos de refugiados.

Teóricamente, según la resolución 194 de la ONU, dictada en 1948 y ratificada en numerosas ocasiones posteriores, todos los que “tienen estatuto de refugiados y sus descendientes tienen derecho a regresar a su tierra original y recuperar los bienes perdidos o ser indemnizados por ello”. Sin embargo, estas resoluciones de la ONU, tan solemnes como ineficaces, formarán parte del circo mundial que tejerá fríamente el holocausto del pueblo palestino.

En los términos usuales del Orden mundial, ya se barajan diversas *soluciones* para ese *problema*, que no «*personas*». La más audaz, habla en términos indemnizatorios, esto es, librar cierta cantidad de dinero, a cambio de su renuncia formal al derecho a regresar. Pero la tal propuesta no deja de ser un descomunal fraude al Derecho al Retorno de los Refugiados a sus lugares de origen, tal y como lo tiene reconocido la ONU para todo refugiado de un territorio ocupado violenta y militarmente. Claro está que las víctimas sobrevivientes se empeñan en esta solución del “Retorno” y exigen, en la medida que pueden (poco más que, malviviendo y aguantando en la miseria más extrema), se les apliquen los principios del Derecho Internacional reconocido, lo que, por otra parte, da pie a considerarlos como *intransigentes*. De aquí a catalogarlos como “integristas” o “terroristas” no hay más que un paso, que enseguida se dio.



Campamento de Nahr al-Bârid (Líbano) en el invierno de 1948

ENTRE-GUERRAS

Finalizada la Guerra Mundial y derrotado el Imperio Turco, el consejo de la Sociedad de Naciones (obviamente dominado por las potencias aliadas vencedoras) confió el mandato de Palestina a Gran Bretaña, incorporándose al texto la Declaración de Balfour. A partir del momento en que Palestina fue oficialmente ocupada por el ejército británico, el 30 de octubre de 1918, una parte nada desdeñable de la responsabilidad histórica del drama, que no tardará en escenificarse sobre las tierras de Palestina, recaerá sobre el imperalismo británico y sus prácticas colonialistas.

Los sionistas, contando con el apoyo de la Declaración Balfour y la Sociedad de Naciones, no tardaron en reanudar con mayor energía los llamamientos a la emigración judía hacia Palestina, para lo cual disponían de ingentes cantidades de dinero, generosamente ofrecido por la gran burguesía judía del Occidente Europeo, que temía una avalancha de los judíos orientales sobre la Europa en que ellos estaban plenamente integrados. Con todo, como hemos dicho, el destino preferido de los emigrantes judíos no será Palestina, sino EE UU que, en esa época, fue el principal asilo de las comunidades judías que huían de la convulsa Rusia del momento, en plena guerra civil tras la Revolución y el golpe de estado leninista en 1917.

Fue en esa época que los árabes lugareños de Palestina (y no solo las familias gobernantes árabes en disputa por el territorio que, desde el Golfo Pérsico hasta Egipto, aspiraba a la independencia política) empezaron a inquietarse, al comprobar como a sus ciudades y pueblos iban llegando miles de familias judías, que desplazaban a los habitantes autóctonos palestinos, fuera mediante la compra de tierras, el control del comercio, el monopolio de las profesiones de nivel medio o, simplemente, por disponer de dinero en cantidades muy superiores a las de la población árabe.

En tan solo cuatro años, de 1918 a 1924, los judíos se hicieron propietarios prácticamente únicos del valle de Jezrael, el más rico de Palestina, comprándose a las poderosas familias terratenientes o a los pequeños propietarios árabes arruinados por la competencia de las granjas judías, muchos de los cuales tendrán que emigrar de su país. Como escribiera David Solar: “La mecánica es contundente: los judíos compran tierras y las pueblan, incrementando su número y poder; los árabes venden tierras y emigran, con lo que su población permanece casi estacionaria, aunque cada vez es más pobre y menos influyente”. De este modo, a los diez años de acabar la I Guerra Mundial, la población judía en Palestina llega a 200.000 personas, mientras que el número de árabes palestinos se acercaba al millón.

Los conflictos entre la población originaria y los nuevos colonos judíos menudearon cada vez más,

cobrándose mayor número de víctimas, en ambos bandos. En 1922 el Gran Muftí (el más alto juez islámico) de Jerusalén, el nacionalista árabe Hadj Amin Husseini, dio la voz de alerta a la población árabe sobre la necesidad de enfrentarse al imperialismo británico y a la colonización judía. Llegó a decretarse por parte árabe una huelga general que paralizó el país durante seis largos meses, con numerosos episodios de violencia y represión. Aunque la revuelta árabe fracasó, el Imperio británico comprendió que debía frenar la actividad sionista, a riesgo de que se reprodujeran los incidentes, cada día de mayor gravedad. Pero cuando quiso hacerlo, si es que verdaderamente lo pretendió en alguna ocasión, ya no pudo, al hacerse con el poder en Alemania el partido nazi.

Las leyes antijudías de Hitler y sus secuaces, promulgadas antes de la gran matanza, exiliaron desde Alemania y centroeuropa a cientos de miles de judíos. Aunque los que decidieron asilarse en Palestina representaban una pequeña fracción de los judíos que huían (los más siguieron los pasos de sus antecesores de principios de siglo, estableciéndose en América) en total eran unas 220.000 personas, entre las cuales había “más de mil médicos, dos mil abogados, economistas o profesores de humanidades, más de 500 ingenieros, más de dos mil químicos, físicos, matemáticos, farmacéuticos, arquitectos, además de gran número de técnicos de grado medio y artistas”, mientras la población palestina seguía siendo campesina o jornalera y desempeñando los oficios más humildes.

Esos años inmediatamente anteriores a la 2ª Guerra Mundial vinieron marcados por la cada vez más dramática confrontación entre ambas comunidades, con escaramuzas constantes, saldándose siempre con un mayor poder y presencia judía en el área de conflicto y más emigración y menor capacidad político-militar del lado árabe. Carecían éstos de armas, dinero, preparación militar, organización política y aliados internacionales que les permitiesen hacer frente a los judíos que, además, contaban ahora con las simpatías universales de haber sido las principales víctimas de la vesania nazi. La inercia del movimiento empujaba fatalmente la historia hacia al violento expolio que inmediatamente se producirá, independientemente de que los recién llegados fuesen también víctimas del furor homicida de otras autoridades, allá en los lejanos estados de Centro-Europa.

Ante la violencia desatada, el propio Mahatma Gandhi escribió: “*Palestina pertenece a los árabes de la misma manera que Inglaterra pertecene a los ingleses, o Francia a los franceses ... Lo que está sucediendo en Palestina en la actualidad no puede ser justificado por ningún código moral de conducta ... Si los judíos*

tienen que considerar a la Palestina geográfica como su hogar nacional, es incorrecto que entren al país bajo la sombra de los fusiles británicos. Un acto religioso no puede ser realizado con la ayuda de bayonetas o bombas ... En la situación actual, los judíos son los copartícipes de los británicos en el despojo de un pueblo que no les ha hecho ningún mal. No estoy defendiendo los excesos árabes. Desearía que hubieran escogido el camino de la no-violencia en la resistencia contra lo que consideran justamente como una invasión inaceptable de su país. Pero según los cánones aceptados de lo que es justo o injusto, no se puede decir nada contra la resistencia árabe frente a desventajas abrumadoras”.

Un débil intento británico de frenar el expansionismo judío a expensas de la población árabe, cada vez más exasperada y empobrecida, fracasó estrepitosamente. El primer ministro inglés, Chamberlain, preocupado por la suerte del Imperio británico en la zona, caso de que los árabes en su conjunto se aliasen a Hitler, publicó en 1939 el *Libro Blanco*, por el que fijaba en 75.000 el número de judíos que podrían estable-

cerse en Cisjordania en los cinco años siguientes, a razón de 15.000 al año; luego cesaría la colonización, tras prohibirse nuevas compras de tierras. Sin embargo, en ese periodo llegaron a Palestina el doble de los judíos previstos por Chamberlain, muchos de ellos sobrevivientes del holocausto, y además, el gobierno británico debía a la comunidad judía de Palestina, la grandiosa cifra de 100 millones de libras esterlinas, en concepto de suministros al ejército inglés que operaba contra los alemanes en el norte de África y sur de Europa.

Al final de la Guerra Mundial, el movimiento sionista reclamó de los aliados la creación del Estado judío, mientras los países árabes vecinos iban consiguiendo desembarazarse formalmente del imperialismo europeo, aunque éste impondrá la *balcanización* del Cercano Oriente, dibujará, según su criterio e intereses (especialmente los petrolíferos), las nuevas fronteras e impondrá las casas reales o familias políticas que ostentarán el poder en cada país. Iraq logrará la independencia en 1943, Siria en 1945, Líbano en 1946, Egipto en 1947 y Jordania en 1948.

EL ESTADO DE ISRAEL

El 19 de noviembre de 1947, en una tormentosa sesión, fruto de las intimidaciones estadounidenses sobre los países integrantes de la ONU y la inútil oposición de todos los países árabes, la ONU, por 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones, acordó la partición de Palestina en dos estados, uno árabe y otro judío, que debían proclamarse el 1 de octubre del año siguiente. También se incorporaba a la resolución la internacionalización de Jerusalén y Belén.

A los palestinos se les asignaban 11.283 km² y a los judíos 14.500 km². La mayor parte del territorio, incluida la región costera mediterránea y el conjunto más fértil se le entregaba a la minoría judía, mientras que a la población autóctona, mayoritaria, se la relegaba prácticamente al desierto. 590.000 judíos que en ese momento eran propietarios del 7% de la tierra, recibirán el 56% del territorio. 1.400.000 árabes, propietarios del 93% de las tierras, recibirán el 43,35%, ya que el 0,65% correspondería a la internacional Jerusalén. Con aquella “decisión”-calificada como un “disparate” incluso geográfico por todos los conocedores de la región- se precipitó la tragedia que perdura hasta hoy. No es extraño, que los árabes se negasen a semejante desvergüenza y lo rechazasen airadamente, aunque no tuviesen capacidad política, militar y económica para evitar el saqueo. Por razones contrarias, razones de

expansionismo, también los sionistas se negaron a admitir los límites impuestos, siendo, aún hoy, Israel el único país del mundo que no tiene establecidas sus fronteras en sus textos constitutivos y jurídicos. Ese violento expansionismo está en la base de los sucesos a los que hoy asistimos: la devastación física de Cisjordania y Gaza por el ejército israelí, además de las matanzas de personas.

Un año antes había fracasado el último intento de construir el nuevo Estado palestino incorporando a árabes y judíos: El Plan Morrison-Grady, que consideraba establecer un gobierno central en una Jerusalén declarada internacional, con dos provincias, una árabe y otra judía. Los sionistas de Palestina y, sobre todo, los norteamericanos (a estas alturas la Organización Sionista Mundial ya integraba en su seno al 20% de la población judía mundial), rechazaron de plano esta y otras propuestas. Literalmente, las dinamitaron. La *Irgún Zvai Leumi* (organización paramilitar sionista) hizo estallar el 26 de julio de 1946 una bomba en el Hotel Rey David de Jerusalén, que causó decenas de víctimas.

La partición sentenció a muerte, el exilio y la desesperación a millones de personas, en una hecatombe que dura hasta hoy. Desencadenó la militarización de la sociedad israelí, la legalización del expolio y la intimidación a la población árabe-palestina, así como

la bien remunerada dependencia del estado sionista respecto de la potencia vencedora en la Guerra Mundial, EE UU. Pero también impulsó la belicosidad, más retórica que eficaz, de la Liga Árabe, la entidad que agrupaba desde 1945 a los siete estados árabes independientes: Arabia Saudí, Egipto, Iraq, Líbano, Siria, Transjordania y Yemen. En este caso, cada levantamiento, cada acto de resistencia de la población árabe, incluso los conflictos bélicos de los estados árabes vecinos con Israel, fueron seguidos de nuevos éxodos palestinos y la anexión de nuevos territorios por el estado judío, más allá de los límites que le había concedido la ONU al nuevo Estado.

En medio de los preparativos bélicos de ambas partes, Gran Bretaña -potencia mandataria de la ONU en la región- dejaba hacer a todos, en cínica previsión de que el nuevo estado y la nueva frontera se dibujarían con sangre y se ratificarían con la deportación de las gentes palestinas, que ya habían sido elegidas de antemano para perder.

Como había informado en 1943 el representante ante los medios judíos estadounidenses del presidente Roosevelt, Patrick J. Huxley: “*La organización sionista en Palestina ha dado a conocer [al gobierno y Congreso norteamericanos] sus proyectos de programa ampliado que incluyen: 1) Creación de un Estado judío soberano, englobando Palestina y probablemente Transjordania; 2) Transferencia de la población árabe de Palestina a Iraq; 3) Hegemonía judía en todo el Cercano Oriente en lo atañente a su desarrollo y control económico*”.

A medida que se acercaba el 1 de octubre de 1948, la violencia se desencadenó en todas las direcciones. Las organizaciones judías porque reclamaban más territorio que el concedido y, sobre todo Jerusalén. Los árabes porque se negaban a desalojar sus lugares.

El 8 de diciembre, la organización paramilitar judía *Haganah*, hasta ese momento clandestina y responsable de numerosos atentados y asesinatos de árabes, comienza la recluta de jóvenes judíos para organizar el ejército estatal. Desde ese momento, *Haganah* y otros grupos paramilitares atacan a la población árabe, intentando sembrar el pánico y empujarles al éxodo, especialmente desde la zona que la ONU había atribuido al Estado judío y en cuya mayor parte, los palestinos seguían siendo mayoría. La más horrenda de esas matanzas tuvo lugar el 9 de abril de 1948, en Deir Yassin. Ese día, paramilitares judíos de *Irgun* y *Stern*, entre los que se encontraba Menahem Beguin, futuro jefe de estado judío, asesinaron a sangre fría a 300 aldeanos palestinos ... “alinearon a hombres, mujeres y niños contra los muros y los fusilaron” ... Miles de palestinos huyen despavoridos hacia Transjordania y otros lugares, mientras los débiles y desunidos ejércitos de la Liga Árabe intentan evitar la partición.

El 14 de mayo de 1948, David Ben Gurión pro-

clamó unilateralmente el Estado de Israel netamente judío (religioso y racial), en nombre de la Comunidad judía y del Movimiento Sionista, lo que contradecía abiertamente la Resolución de la ONU sobre la partición, en la que se especificaba que la soberanía de ambos estados, residiría en cualquier caso en la población que habitase en los territorios respectivos, en la nación cívica, y de ningún modo en rasgos religiosos, raciales o culturales (la nación *étnica*). Concretamente en el área otorgada por la ONU a los judíos, la población judía y la palestina estaba, en ese momento, equiparada: 498.000 judíos y 497.000 árabes. Sólo 11 minutos después de la proclamación de Ben Gurión, el presidente estadounidense Truman, el asesino en masa de Hiroshima y Nagasaki, anunció el reconocimiento del nuevo estado y su gobierno provisional. Había dicho: “Lo siento señores, pero tengo que satisfacer a cientos de miles que están ansiosos de ver el éxito del sionismo. No tengo cientos de miles de árabes entre mis electores”. Aquél mismo día estallaba la I Guerra árabe-israelí, que terminará, como era previsible, en un desastre para los árabes, aunque en los días inmediatamente anteriores ya los judíos habían ocupado gran número de pueblos y ciudades que teóricamente correspondían a los palestinos, arrasándolas con bulldozers y apisonadoras en la mayor parte de los casos, para impedir el regreso de las familias árabes expulsadas. Tiberias fue ocupada el 19 de abril, Haifa, el 22, Jaffa, el 28, los barrios árabes de la Ciudad Nueva de Jerusalén fueron destruidos el 30, Beisan, el 8 de mayo, Safad, el 10 y Acre, el 14. Pero la lista de aldeas demolidas en los meses siguientes, con una estrategia hoy repetida con la mayor desmesura por Sharon, resultará aterradora: Abu Shusha, Khulda, Abu Zureiq, Al Mansi, An Nagnaghya ...

Cuando los derrotados gobernantes de la Liga Árabe firman el armisticio con Israel a comienzos de 1949, cientos de miles de palestinos ya habrán tenido que abandonar, además de a sus miles de muertos, sus casas, bienes, fincas en un terrible exilio que dura hasta hoy.

Ahora mismo, está de moda entre algunos comentaristas “pro-palestinos” izquierdistas el sonsonete de que la “solución al pueblo palestino pasa por la retirada del ejército israelí a las fronteras anteriores a 1967 y el reconocimiento del estado Palestino sobre el territorio *íntegro* de Cisjordania y Gaza”. Lamentablemente ignoran que ya en 1948 Israel se apropió de un territorio palestino mucho más amplio que el otorgado por la ONU y que la solución impuesta de dos Estados nuevos sobre el territorio, aún en el improbable caso de que sus respectivos representantes políticos firmasen la Paz entre ellos, no será nunca la solución de nada, sino la perpetuación del sufrimiento para los castigados habitantes de la región. Jamás instaurar un Estado, mucho menos un Estado nacional, fue solución sino desgracia universal.